

La Madre y el Hijo en la Poesía de Gabriela Mistral

ANDRÉS CIFUENTES RAMÍREZ
COORDINADOR REGIONAL C.P.E.I.F.

Gabriela Mistral, la mujer más insigne que haya producido la patria, la que ubicó a Chile en la cima más alta y ponderable, coronó con un extraño designio: convertirse, pese a su soltería, en la madre de todos los niños de América. Su acendrado y encefalítico amor por la infancia, parece salir de su sola condición de mujer y fortalecerse, tal vez, en la frustración de su maternidad. Algunos han dicho que si la Srta. Lucila Godoy se hubiese casado con el Sr. Romeo Urrut, no habría existido Gabriela Mistral: habría sido la madre biológica de sus propios hijos, aunque resulte palmario decirlo. Sin embargo, el destino le tenía reservado, para su dolor, aunque para gloria de su patria y del idioma, la condición de madre plural y espiritual de todos los niños de esta tierra. Paralelo a esto el de algunos grandes artistas: cantar lo que no se tuvo, lo que no fue. Y hacerlo con un acento más profundo, más bello y universal. Al extremo que se identifican en su voz los seres que no tuvieron las propias vivencias. Tal es el caso de Gabriela Mistral frente a la mujer madre, que ella no fue; y frente al hijo, que nunca tuvo. ¿Qué desahogadora certidumbre tienen para ella las palabras de Antonio Machado cuando dice: "Se canta lo que se siente".

Entendió cabalmente la maternidad, porque se la enseñaron: su poderosa intuición de artista singular, y su exquisita sensibilidad de mujer en contacto con la vida palpante. Adviértase ciertamente lo que siente la mujer gravida dice: "Por el niño dormido que lleva, mi pecho se ha vuelto sigiloso, y religioso mi consuelo, desde que lleva misterio. Mi voz es ahora como por cordón del amor, y así que trazo despertaría. Con mis ojos heido ahora en los rostros el dolor de las extraluz, para que los dedos miren y comprendan la causa de mi mejilla empalidada".

Muchos educadores y psicólogos recomiendan, como norma de higiene mental, la abolición definitiva de la materia frente a los fenómenos biológicos. Piensan, acertadamente, que cuando el hijo sepa que procede del vientre de su madre se sentirá más vinculado a ella; cuando sepa que se nutrió en su dolor y de la cal de sus huesos, la amará más profundamente. Dudamos que haya una

sola persona que no evoque emocionalmente a su madre después de leer este poema, donde palpita todo el dolor y el amor de la mujer hacia el "fruto de su vientre", como ciertamente lo designa la oración cristiana. "Pálidose a ti madre dentro de mí; dolorida soy de su prisión recóndita, y podría morir de un sólo movimiento de éste a quien no veo. Pero no creáis que únicamente está frenado a solt; en brazos miradme lo guardo. Cuando suya libre por los caminos, aunque más lejos, el viento que lo asiste me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta. Mi llanto y mi amor comenzarán en tu rostro hijo mío".

Y qué magistral lección de conducta nos da, cuando al referirse a esa mujer que está experimentando, cotidianamente, la metamorfosis de todo su ser, nos dice: "Por ti, por el que está adormecido, como hilo de agua bajo la hierba, no me dadas, no me desas trabajos. Perdonadme todo: mi descontento de la mesa preparada y mi odio al ruido. Me dadas los dolores de la casa, la pobreza y los afanes, cuando la huyan punto en una palabra. En la frente, en el pecho, donde me toquéis más ti, y lanzaría un gemido respondiendo a la herida".

Su interpretación de la maternidad se convierte en "leit motiv", cuando descubre con su penetrante sensibilidad e imaginación el gesto de la mujer fecunda en los más insospechados sitios: "No habría visto antes la verdadera imagen de la tierra. La tierra tiene la actitud de una mujer con el hijo en los brazos, (con sus criaturas en los anchos brazos). Voy conociendo el sentido maternal de las cosas. La montaña que me mira también es madre, y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y rodillas".

Gabriela es la voz femenina más apasionada de la poesía castellana. Hay en ella una sinceridad hasta entonces. Sin tal prohibición expresó como mujer auténtica el dolor de su fecundidad frustrada.

"Un hijo, un hijo, un hijo. Yo quisiera un hijo feo y mío, allá en los días del fatiso ardiente, en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo y un ancho resplandor creció sobre mi frente".

Toda la dulzura de la madre rezuman

estos versos sencillísimos, que están reclamando una melodía para una canción de cuna auténticamente chilena: "Esta era una rosa llena de rocío; ésta era mi pecho; con el hijo mío".

Y el hijo, sangre y suero de su madre; engarrafado y esperanza de la mujer más que de nadie está cabalmente expresado cuando Gabriela dice: "Duerme, mi sangre líquida; que así te doliente; oída mía, que te mira, en rama de sangre; de la que me tomaste; dormiendo así, tan completo de leche y de sangre".

El amor de la madre suele estar lleno de obscuras aprensiones, de infinitos temores. Su dulce egoísmo de mujer feliz con el tesoro forjado en ella misma, la hace despreciar cualquier condición para su hijo, que no sea la de estar siempre a su lado, en una dulce comunión física y espiritual: "Yo no quiero que a mi niño; quierdrina me la radiera. Y me saca quiero que un día; me la sejan a hacer reina. La pondrán en un trono; a donde más plas no ligan. Cuando viene la noche; yo no podría merceda...".

La identificación de Gabriela Mistral con la niñez, constituye uno de los aspectos más significativos de su quehacer estético y magistral. "Todo para los niños", decía, ellos no pueden esperar a mañana; el niño se llama "ahora".

De su ansiosa preocupación por el destino de los niños fueron sus canciones de cuna y sus rondas, todo lo que se encuentra agazulado en su libro "TERNURA".

Desaparecida físicamente la madre espiritual de nuestra niñez, perdurará eternamente sus poemas infantiles, aunque no son ellos los que le dan la talla de su valla universal como poeta. En uno de sus poemas desciende amorosamente al niño, y quiere ver uno de ellos en el correo. Ojalá que eternamente le estreche las manos, y con la voz velada por la emoción de saberla muy suya, e hija selecta de esta tierra joven que tanto amó, le diga desde lo más hondo de su ser: "Dame la mano y danzaremos; dame la mano y me amarás. Como una sola flor seremos; como una flor y nada más...".

EDUMAULE

Nº 2 (Dic. 1994)

AAB 670

La madre y el hijo en la poesía de Gabriela Mistral [artículo]

Andrés Cifuentes Ramírez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cifuentes R., Andrés

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La madre y el hijo en la poesía de Gabriela Mistral [artículo] Andrés Cifuentes Ramírez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa